

Cuando

LA NOCHE ES

l e n t a

CLAUDIA IVONNE GIRALDO GÓMEZ

Y, a veces, cuando la noche es lenta, los miserables y los mansos recogemos nuestros corazones, y nos vamos.

Leonard Cohen

Pasaba por allí por casualidad; una diligencia de trabajo por la que no tuve más remedio que dejar el carro en un parqueadero cercano y caminar. No pude evitar, sin embargo, detenerme y mirar hacia el piso octavo del edificio de ladrillo a la vista, con balcones cómodos, igual a miles de edificios de los barrios de la ciudad... Nada especial, excepto que en ese edificio, en ese apartamento que parecía no haber cambiado en casi veinte años, había vivido una historia que olvidé o quise olvidar y que ahora, parada en medio de la acera, volvía a ráfagas, como una bestia inclemente que me quisiera derribar para luego devorarme. No pude impedirlo. El recuerdo.

De nuevo, como cada miércoles hacía tres meses ya, tomaba el ascensor, luego de que el portero me anunciara para que pudiera subir al apartamento de mi amiga, quien seguro habría llegado de su trabajo en la oficina de abogados en donde era una talentosa practicante. Separada de su marido, sus hijas eran por entonces unas pequeñas niñas a

quienes debía cuidar, pero que los miércoles llegaban tarde a casa, cosas del jardín de infantes. Y por eso me invitaba, con esa generosidad suya y esa bondad, comprensiva y solidaria por lo que me estaba pasando, para que pudiera encontrarme con Leonard, —llamémoslo así—, y hacer mía, por unas horas, su casa. Una historia sencilla.

Esa tarde, como otras, seguro almorzamos juntas en el pequeño comedor y luego lavamos los platos y ollas para dejar la cocina reluciente. Luego de la labor no parecía que allí hubiera habido hace un momento tanto jaleo, tanto desorden. Los raviolis habían quedado deliciosos. Después, lavarse los dientes y esperar con ese temblor minucioso que me recorría cuando se acercaba la hora del timbre, la hora cuando se abrían para mí las puertas del cielo. Y el timbre sonaba puntual, como otras tardes. Leonard en la puerta, la sonrisa, el beso de bienvenida, los saludos, el cielo.

Cuando Adriana se retiraba a su cuarto para descansar y aprovechar que las niñas no estaban por allí alborotando, nosotros íbamos al nuestro, preparado para el encuentro: las cortinas corridas, la cama a la espera. Y entonces era cuestión de segundos para caer sobre ella y no parar durante un tiempo que parecía tan corto y tan infinito a la vez, que a veces lograba detenerse para dejarnos amarnos como si nada pasara, como si se tratara de un derecho natural que le reclamáramos a la vida, una complicada y enredada vida. Todas las razones y ninguna. No había una sola razón que valiera el riesgo y el dolor. Pero lo valían.

Tal vez para acallar la imprudencia de la pasión, tanta impertinencia, Adriana encendía el equipo de sonido y ponía, siempre en esos momentos, un disco y repetía de él una canción en donde la bella voz de Cohen reiteraba amar a mil besos de profundidad, “A Thousand Kisses Deep”.

Y así, mecidos por el cansancio y por la música que parecía de verdad llevarnos a mil metros y besos de profundidad, dormíamos. Un rato apenas.

No es fácil recordar; está todo intacto, pero vuelto piedra. No es húmedo el recuerdo, aunque entonces las tardes solían ser calurosas, recuerdo el sudor, eran los meses de verano. Luego llovió mucho, años enteros de lluvia que amenazaban derretir las montañas, derretir el asfalto, derretir hasta el vuelo de los pájaros en el aire. Eso recuerdo. Caen unas gotas y sigo aquí, detenida en la acera. Agua amenazante.

Sin más encuentros o conversaciones que las tres o cuatro horas de los miércoles, cada semana, pasaron tres meses. Tres meses en que Leonard se volvió un pensamiento obsesivo, una manía, una enfermedad, ¿cómo más describirlo? Era un fantasma, una invención que aparecía en la puerta de la casa de Adriana, cada miércoles a las 4:00. Un fantasma esquivo, por demás. Un fantasma sin ensalmo, sin conjuro, que parecía vivir en la habitación del apartamento de Adriana, apartado y solo, en silencio. Tanto silencio.

Y era bella también yo, de esa manera que ofrece la vida a las flores y a todo lo que está en la sazón, a la espera del milagro

Regresaba a casa y arrastraba ese amor descomunal que no podía nombrar, ni decir, ni bautizar... Un amor insensato. Un fantasma también yo, condenada a seguir sin Leonard durante una semana y verlo para dejarlo; y recuperarlo para perderlo. Tremenda

tontería inexplicable. Era la piel, la culpa era de la piel y del olfato. La culpa era de ese llamado profundo, de esa fiera que me poseía y me hacía morir, un día debía morir de ese mordisco en pleno día que no me dejaba dormir ni descansar. La culpa era del deseo, mentirosa.

Ahora trato de recordarlo a él, recordarlo. No él en movimiento, sino tendido, desnudo, tal vez aún dormido: la piel anunciando su enojosa humanidad, contingente, fugaz. La juventud sin excusas, pidiendo lo suyo. Una nariz que se pelearían los ángeles... tal vez era su mayor belleza, pero si se compara con su boca, hecha para las labores amorosas, sabia y delicada, la nariz era solo un complemento directo. Leonard era bello, de esa manera tierna que tienen algunos hombres de serlo, sin exageraciones de masculinidad que puedan atemorizar, sin prepotencias, pero con la fuerza necesaria para hundirse a mil besos de profundidad. Y luego estaba eso, de lo que nadie habla... esa extensión de los hombres que tanto se les parece y que los define. Vigoroso y sin rimbombancia, de suaves tonos rosados, era irascible y sensible a la vez..., la mejor receta. Ni mandando a hacer.

¿Cómo resistirse pues, a la condición de presa del amor? Ser una pobre presa perseguida, con el cabello encendido, con la piel dispuesta cuando la noche es más lenta. Hay un momento en la persecución en que la pequeña víctima, consciente de la enormidad de su perseguidor, de sus enormes y fuertes mandíbulas, de sus desgarradores colmillos, se entrega y se rinde, deja de luchar porque sabe que no hay remedio ni redención posible. *Los ponis corren*, Leonard.

Y era bella también yo, de esa manera que ofrece la vida a las flores y a todo lo que está en la sazón, a la espera del milagro; esa belleza que es la vida que pide y reclama desde los milenios lo que le pertenece. Leonard me embellecía, era notorio y por demás sospechoso. Un amor tan fuerte se revelaba y no había escapatoria, tenía que velarme la cara, tenía que mentir, mentir siempre. “Los ponis corren, las chicas son jóvenes”, eso decía Cohen con esa voz capaz de lograr cualquier cosa en el mundo. La canción acompañaba

el viento, las cortinas que se agitaban delicadamente en esa otra tarde de miércoles. La última.

Leonard había llegado triste, lejano. Soy una mujer inteligente. Supe; no había necesidad de explicar. Nos amamos como nunca, con un dolor y un fragor que no recuerdo haber vuelto a sentir, y he sentido mucho. Esa tarde anocheció temprano y llovía. No paró de llover durante años luego de que Leonard se fuera para siempre del apartamento de Adriana. No lloré.

Ahora no duele, no ahora; pero sigue el dolor en el recuerdo. Tardé años en salir de los mil metros de profundidad, de la noche lenta en la que se convirtió la vida: ella había hecho lo posible por reclamar su legado entre nosotros, pero no pudo; y eso se castiga, con hordas de recuerdos, con los latigazos del deseo insatisfecho, con las preguntas abiertas como cataratas de agua sangre. Poco después Adriana se fue para Canadá con sus niñas y no volví a verla. Leonard ya no es Leonard, es otro, un desconocido que no recuerdo conocer.

Debo seguir, aunque perdí la cita concertada a unos metros, en una tediosa oficina. Y llueve como entonces. Las luces en el apartamento se encienden. Me pregunto por las cortinas al viento. Cohen sigue hablando a mil besos de profundidad con su voz lenta, y mil promesas por cumplir. 

CLAUDIA IVONNE GIRALDO GÓMEZ
(COLOMBIA)



Graduada en Filosofía y Letras y especialista en Literatura Latinoamericana. Profesora universitaria, directora de talleres de escritura creativa y editora independiente por más de 15 años. Codirectora de la revista *Odradek, el cuento* y cofundadora y directora de la Colección Madremonte, de Hombre Nuevo Editores. En 2007 publicó, *El hijo del dragón*, cuentos. Con la novela *El cuarto secreto* obtuvo en 2007 la Beca de Creación Literaria Ciudad de Medellín. En la actualidad se desempeña como Jefe de la Editorial de la Universidad EAFIT.